

Cuevas de Fornells.

En el norte de la isla de Menorca, se encuentra Fornells, una población en la que la tramontana es una de las presencias más contantes y firmes. En sus aguas, mientras la luz es abundante, las rocas se tapizan de algas fotosintéticas, un eslabón trófico necesario para el desarrollo de biocenosis complejas.

Pero no siempre son los paisajes más coloridos los que atraen las miradas curiosas.

La arena esconde, tras su apariencia desértica, vidas insospechadas, discretas y prodigiosas, a menudo minúsculas y casi siempre complejas.

Como la arena, también llenas de secretos están las cuevas, universos oscuros en los que la luz siempre encuentra algún resquicio por el que rasgar las tinieblas.

Destellos solo perceptibles si los rodea un manto de oscuridad. Las tinieblas, invisibles y afiladas, esculpen la luz.

Cuando todo parece negro, se perfilan siluetas recortadas en el azul, contraluces evanescentes y fugaces como las chispas de una hoguera alimentada con agua y sal.

Las burbujas siguen pasillos de luz, caminos de entrada y salida enmarcados por la abertura de la roca que el agua y el tiempo fueron excavando hasta derruirla.

Y esos pasillos iluminan rocas taraceadas de manchas coloridas, organismos que aprovechan y, al mismo tiempo, describen el lugar donde viven.

Las cuevas de Fornells son el resultado del derribo. El agua fue disolviendo los materiales calizos hasta horadar la roca. Paciencia y constancia, hasta que el techo, sin andamios ni cimientos, se vino abajo y conformó bóvedas, paredes y oquedades en los que la luz y la sombra se necesitan.

Algunos intrusos, de vez en cuando, juegan a interrumpir la claridad y enturbiar la penumbra, a buscar la luz y protegerse de la sombra, a situarse bajo un foco deslumbrante y sobrecogedor, que emana del mundo exterior y lo anuncia.

Pero no todos los organismos son intrusos; y no toda la oscuridad es permanente. Incluso en este ambiente de sombras, son perceptibles las estaciones y los días.

En las cuevas, cuando a través de su abertura la luz entra con continuidad y con cierta intensidad, las algas colonizan los sustratos y, a su vez, sirven de apoyo a otros organismos. Que puedan vivir unos u otros depende de la luz que llegue, pero también de la renovación del agua y de la sedimentación de las partículas: La vida siempre es un rompecabezas de azares y necesidades.

Las sombras chinescas dejan paso a actores de verdad, que ocupan el espacio y recorren el horizonte de la luz hasta donde la sombra pone un abismo.

La cueva ha pasado de la sencillez del juego de claridad y penumbra al barroco retablo de animales del coralígeno. El brillo se apodera de los contraluces sutiles.

La luz es color, y también movimiento. El agua ya no solo es agua cuando la vida mueve el telón de la oscuridad.

Y el erial de la sombra se convierte en un jardín vibrante e intrincado.

Casi un laberinto de estrategias y ciclos vitales, de seres que compiten por el espacio, sin misericordia, pero sin astucias marrulleras ni envites de tahúr. La luz manda, y la sombra es su espejo.